

¿ES POSIBLE UNA DEFINICIÓN REDUCTIVA DE CONOCIMIENTO?

Tobies Grimaltos
Universitat de València

0

EN el presente artículo me propongo defender que no es posible ofrecer una definición reductiva de conocimiento que sea válida universalmente. Sostengo que no hay unas condiciones individualmente necesarias y conjuntamente suficientes que sean válidas en todos los casos —sin tener en cuenta el contexto, si la atribución de conocimiento se hace en primera o tercera persona, etc.— y que determinen si es apropiado atribuir conocimiento a alguien o no, pues tal cosa depende del contexto y de los intereses epistemológicos que se persigan en cada caso (de para qué nos importe la cuestión). No existe un algoritmo que pueda regular la conducta de atribución de conocimiento, pues tal conducta no se rige por unos criterios fijos.

I

Para llegar a esta conclusión me he servido del reciente y muy interesante libro de Christopher Hookway *Scepticism*¹ y en concreto de su capítulo X, 'Why Knowledge Matters'. Allí Hookway introduce una importante distinción entre dos formas de enunciados de conocimiento, a saber:

- a) S sabe que p
- b) S sabe Q

Donde Q es un enunciado en forma de cuestión del tipo de los que siguen:

Quién cometió el asesinato
Por qué el agua se expande al congelarse
Cuándo sale el tren con destino a Londres
Si el peso atómico del sodio es 29
Cómo escapó el prisionero.²

¹ Routledge, Londres, 1990.

² *Scepticism*, p. 1961.

La introducción de las afirmaciones-Q es relevante por cuanto muestra la importancia del conocimiento en su papel de permitirnos aprender del testimonio de otros, a través de inferencias de conocimiento que Hookway esquematiza del siguiente modo:

S sabe Q
S cree que p
p es una respuesta a Q
entonces p.³

Si alguien (que puede ser él mismo) nos asegura que S sabe Q, podemos saber que p es verdadera, cualquiera que sea p.

II

Si esto es así, entonces, al menos en algunos casos —en determinados contextos—, el conocimiento puede consistir en la *mera creencia verdadera*. Pues, imaginemos el siguiente caso que se nos relata en dicho capítulo: Un estudiante logra la respuesta correcta a un cálculo porque ha cometido una serie de errores que se cancelan mutuamente. Desde luego, aquí tenemos una intuición que nos impulsa a negar que el estudiante conozca. Sin embargo, como advierte Hookway, hay también una intuición contraria: Si alguien quiere saber cuál es la solución a ese cálculo y nosotros la hemos olvidado, podemos decirle: “Pregúntale a ese estudiante, él conoce la respuesta correcta”. Y añade que tal uso de ‘conocer’, aunque extraño y de bajo grado, no es metafórico, concluyendo que “cualquier caso de creencia verdadera podría ser descrita no-metafóricamente como conocimiento si se da el contexto apropiado”.⁴

III

Ciertamente, esta afirmación puede resultar escandalosa desde una perspectiva tradicional y desde ésta es susceptible de diversas críticas y contraejemplos. Pero esta estrategia presupone la existencia de unas condiciones necesarias y suficientes para las atribuciones de conocimiento, válidas en todos los casos y contextos. Sin embargo, si aceptamos que tales usos de conocimiento son no-metafóricos, aunque extraños, entonces nuestra tarea será otra. Consistirá, primero en dilucidar por qué nos parecen extrañas tales atribuciones y, segundo, como consecuencia de aceptar tales usos, en extraer la conclusión de que tal definición reductiva de conocimiento válida universalmente no es posible. Veamos.

IV

Si es verdad que el uso de conocimiento en los contextos a los que Hookway se refiere es correcto, no-metafórico, entonces el conocimiento puede consistir en la

³ *Op. cit.*, p. 199.

⁴ *Op. cit.*, p. 200.

mera posesión de la verdad (y que quien la posea sea humano o antroposímil). Pues podríamos imaginar otros casos en los que el sujeto, por diferentes razones, no cree en la verdad de *p* y, a pesar de ello, podríamos seguir adscribiéndole conocimiento. En tales casos, no obtendríamos la información *p* de un modo tan directo como en el caso anterior, pero podemos obtenerla de algún modo. Podríamos seguir aplicando la inferencia de conocimiento de Hookway, aunque modificando la segunda premisa y sustituyéndola por algo así como “S puede proporcionar *p*”.

Pero detengámonos un momento en clarificar este concepto de *conocimiento como mera posesión de la verdad*. Podemos decir, en una primera aproximación que éste consiste en que un sujeto posea cierta información que puede ser expresada en una proposición *p* y que responde a una cuestión *Q*. Se trata, pues, de una información que es el sujeto en cuestión, aunque no cree en *p*, puede suministrar si se le hacen las preguntas adecuadas o se dan determinadas circunstancias. Por ejemplo, podemos decir que en el siguiente caso Pedro posee la verdad. Imaginemos que Pedro ha ingerido una sustancia alucinógena y que, como consecuencia, sufre una serie de alucinaciones de marcado tono macabro. En mitad de la serie de alucinaciones, y a través de una ventana, ve (no alucina) cómo Hernández asesina a Fernández (Pedro conoce a ambos). Pero Pedro toma a esta visión por una alucinación más y no cree de ningún modo que Hernández haya asesinado a Fernández. Si nosotros sabemos todo esto, podemos decirle a la policía que Pedro sabe quién (cómo y cuándo) ha matado a Fernández. De hecho, tan pronto como Pedro tenga noticia de que tal asesinato se ha cometido, admitirá que sabe quién ha matado a Fernández y cómo. (De todos modos, no es necesario que él lo admita, basta con que nos proporcione la información que deseamos aunque él no crea en su verdad.)

Como hemos dicho, en este caso la inferencia de conocimiento de Hookway no se aplica de un modo tan directo como en los casos de conocimiento ‘típico’ o en los casos de mera creencia verdadera. Si preguntamos a Pedro, “¿Quién ha matado a Fernández?”, quizá no consigamos una respuesta. Sin embargo, hay otras preguntas que podemos hacer: “¿Quién has alucinado que ha matado a Fernández?”. Esta pregunta está relacionada con la original, y somos conscientes que la respuesta de Pedro a ésta será una respuesta verdadera a la primera. Así, todavía podemos aprender de su ‘testimonio’ (con la ayuda de una tercera persona que sabe que su información es fidedigna); y una vez hemos permitido el ‘testimonio’ de las meras creencias verdaderas, no hay razón para no admitir el ‘testimonio’ de aquellas personas que sucede que poseen la verdad. Esto es extraño en un modo similar a como lo era la mera creencia verdadera y si la última es conocimiento, la primera también lo es.

Así pues, Pedro posee la verdad sobre el asesinato de Fernández. Pedro dispone de la información, expresable en *p*, que responde a *Q*, sólo que no cree en *p*.

V

Ahora, sirviéndonos de estos casos, podemos ver qué hay de extraño en atribuir conocimiento a alguien que sólo cumple con las condiciones de posesión de la verdad o de la mera creencia verdadera. Si un importante papel de las atribuciones de conocimiento es el de aprender de otros, resulta que estos casos posibilitan esto de un modo peculiar, inhabitual. No vemos en el estudiante o en Pedro compañeros de investigación de los que aprendemos, más bien los usamos como instrumentos para nuestros fines

epistémicos. Son meros medios de los que nos servimos para lograr nuestros fines, pero no compañeros responsables y autosuficientes en su conocimiento.

En cualquier caso, podemos ver que existen:

1. Casos en los que se dan las condiciones de creencia verdad y justificación y se atribuye conocimiento.
2. Casos en los que se cumplen las condiciones de creencia verdad y justificación y no atribuimos conocimiento (muchos de los casos tipo Gettier).⁵
3. Casos en los que atribuimos conocimiento cuando sólo se cumplen las condiciones de creencia y verdad (como los que presenta Hookway en el mencionado capítulo de *Scepticism*).
4. Casos en los que no atribuimos conocimiento cuando se cumplen sólo las condiciones de creencia y verdad.
5. Casos en los que atribuimos conocimiento cuando sólo se da la mera posesión de la verdad, con o sin justificación (como los aquí ofrecidos).
6. Casos en los que no atribuimos conocimiento cuando sólo se da la mera posesión de la verdad.

Según esto, pues, parece que la única condición que se exige en todos los casos para atribuir conocimiento a una tercera persona es la posesión de la verdad. Las otras condiciones no son fijas y cuando se dan todas no siempre se puede hablar de conocimiento. Por tanto, las atribuciones de conocimiento dependen de varios factores, como pueden ser: el contexto en el que se atribuye conocimiento a alguien (que puede ser uno mismo), si es uno mismo quien se lo atribuye o si se atribuye a una tercera persona, los intereses que persigamos en cada momento en nuestra investigación, etc. Pero como hemos visto no se puede establecer en qué casos se atribuye conocimiento y en cuáles no.

VI

Pienso que las posibilidades respecto a la atribución de conocimiento a uno mismo son (naturalmente) más restringidas. Y esto nos puede ayudar de nuevo a comprender por qué resulta extraño atribuir conocimiento a alguien cuando se dan casos del tipo 3 ó 5. Como hemos señalado anteriormente, en tales casos y contextos podemos atribuir conocimiento a S de un modo perfectamente lícito, pero no consideramos a S como un compañero de investigación, como un sujeto epistémico responsable y autónomo. Nos servimos de él como de un instrumento que nos proporciona una información útil a nuestra investigación, a nuestros fines epistémicos. Información a la que otras partes añaden justificación —o creencia y justificación— y se convierte en conocimiento en el sentido más usual y querido entre los filósofos. Pues bien, justamente esto es lo que no puede suceder en las autoatribuciones de conocimiento. Uno no puede utilizarse a sí mismo como instrumento y mucho menos si no cree en absoluto en su respuesta. Tal posibilidad carece de sentido. Por tanto, y esto es obvio, uno no se autoatribuirá conocimiento si no cree que p es verdadera.⁶ Y el hecho, por tanto,

⁵ Creo que algunos de los contraejemplos del tipo Gettier no son tales, empezando por el primero que el propio Gettier ofrece en su famoso 'Is Justified True Belief Knowledge?', como puedo probar.

⁶ Quizá la condición de justificación sea ya más conflictiva, pues, en ocasiones la gente se atribuye conocimiento aunque no esté segura de que cuenta con justificación (con algo aceptado por la sociedad

de que nos resulten extrañas aquellas atribuciones viene enfatizado, además de por lo dicho, por el hecho de que la mayor parte de la reflexión sobre el conocimiento se ha basado en las afirmaciones p y en el caso del conocimiento en primera persona. Sin embargo, no es claro que las atribuciones de conocimiento en tercera persona reposen o sean parasitarias de las de primera persona, más bien parece según lo que hemos visto que no es así, sino al contrario.

VII

Así pues, no cabe esperar lograr una definición reductiva de conocimiento que se vea libre de contraejemplos. Pero, justamente, esta conclusión no nos debe llevar al escepticismo y al abandono del análisis del conocimiento, sino al cambio de perspectiva en este análisis, a la toma de conciencia de que quizá no valga tanto la pena estipular una serie de condiciones que determinen de modo universal en qué consiste el conocimiento y a las que, seguro, aguarda un contraejemplo; nos debe llevar, en cambio, a adoptar la perspectiva de investigar por qué y para qué importa el conocimiento según lo que se quiera conseguir con él en cada caso y qué revela de nuestra labor epistémica.⁷

como justificación), o quizá incluso cuando sabe positivamente que no la posee. Muestran esto expresiones del tipo: "No sé cómo ni por qué pero sé que..."

⁷ Agradezco a Christopher Hookway sus generosos comentarios sobre versiones anteriores de este artículo.